

nación los haya precedido. También la usaron de tiempo inmemorial los acolhuas, las siete tribus de aztecas y todas las naciones de Anáhuac que habían salido del estado de barbarie. De los acolhuas y de los toltecas la aprendieron los chichimecos y los otomites, que abandonaron la vida salvaje.

Entre las pinturas de los mexicanos y de todas aquellas naciones había muchas que no eran otra cosa que imágenes ó retratos de sus dioses, de sus reyes y de sus hombres ilustres, ó de los animales y plantas de que estaban llenos los palacios reales de México y de Tezcuco. Otras eran históricas que expresaban sucesos memorables, como las trece primeras de la colección de Mendoza, y la del viaje de los aztecas, que se halla en la obra del viajero Gemelli. Otras mitológicas, en que se representaba los misterios de su religión, y á esta clase pertenecen las del volumen que se conserva en la Gran Biblioteca del instituto de Bolonia. Otras eran códigos en que estaban compiladas sus leyes, sus ritos, sus costumbres, y los tributos que los pueblos pagaban, como son todas las de la colección de Mendoza, desde la décimacuarta hasta la sexagésima tercia. Las había cronológicas, astronómicas y astrológicas, en que se figuraban su calendario, la posición de los astros, los aspectos de la luna, los eclipses y los pronósticos meteorológicos. Esta especie de pintura se llamaba tonalamatl. El Dr. Siguenza, en su LIBRA ASTRONÓMICA, impresa en México, hace mención de una pintura de pronósticos de esta especie, que insertó después en su CICLOGRAFÍA MEXICANA. El padre Acosta cuenta que "en la provincia de Yucatán había ciertos volúmenes, plegados á uso de aquellos pueblos, en que los sabios indios tenían señalada la distribución del tiempo, el conocimiento de los planetas, de los animales y de otras producciones de la naturaleza, y las antigüedades nacionales, cosas todas muy curiosas, y escritas con mucha diligencia," las cuales, según dice el mismo autor, perecieron por el celo indiscreto de un párroco, que creyéndolas llenas de errores supersticiosos, las quemó en despecho del llanto de los indios y de la opinión de los españoles curiosos. Otras pinturas eran topográficas y corográficas, las cuales servían no sólo para determinar la extensión y lindes de sus posesiones, sino la situación de los pueblos, la dirección de las costas y el curso de los ríos. Cortés dice en su primera carta á Carlos V, que queriendo saber si había en el golfo mexicano algún puerto seguro para los buques, el rey Moteuczoma le presentó un mapa en que estaba figurada toda la costa desde el puerto de Chalchicuuecan, donde hoy está Veracruz, hasta el río de Coatzacoalco. Bernal Díaz cuenta que el mismo Cortés se sirvió en el largo y penoso viaje que hizo á Honduras de un mapa que le presentaron los señores de Coatzacoalco, en que estaban indicados todos los pueblos y ríos de la costa, desde aquella ciudad hasta Hueyacallan.

De todas estas clases de pinturas estaba lleno el imperio mexicano, pues eran innumerables los pintores, y

no había objeto alguno que no representasen. Si se hubiera conservado, nada se ignoraría de la historia de México; mas los primeros predicadores del Evangelio, sospechando que hubiese en ellas figuras supersticiosas, las persiguieron con furor. De todas las que pudieran haber á las manos en Tezcuco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron en la plaza del mercado tan crecido rimerero, que parecía un monte, y le prendieron fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas la memoria de muchos importantes sucesos. La pérdida de tantos preciosos monumentos de su antigüedad fué amargamente deplorada por los indios, y aun los mismos autores del incendio se arrepintieron cuando echaron de ver el desacierto que habían cometido; pero procuraron remediar el daño, ora informándose verbalmente de los mismos habitantes, ora buscando las pinturas que se habían escapado de sus primeras investigaciones; y aunque recogieron muchas, no fueron tantas cuantas se necesitaban, porque los que las poseían las ocultaban con empeño de los empañoles, y no se deshacían de ellas tan fácilmente.

Pintaban comunmente sobre papel ó pieles adobadas, ó telas de hilo de maguey, ó de la palma llamada ixotl. Hacían el papel con hojas de cierta especie de maguey, macerándola antes con cáñamo, y después lavándola, estendiéndola y puliéndola. También lo fabricaban con la palma ixotl, con la corteza sutil de ciertos árboles, preparada con goma, con seda, con algodón y con otras materias, aunque ignoramos las manipulaciones que empleaban en este género de manufactura. He tenido en mis manos muchos pliegos de este papel mexicano. Es bastante semejante al cartón de Europa, aunque mucho más blando y liso, y se puede escribir en él comodamente.

Los pliegos de su papel eran grandísimos, y los conservaban en rollos, como los antiguos manuscritos europeos, ó doblados en la misma forma que los biombos comunes. El volumen de pinturas mexicanas que se conserva en la biblioteca del instituto de Bolonia, es una piel gruesa y mal curtida, hecha de muchas piezas, pintada en toda su extensión, y plegada como acabo de decir.

Los hermosísimos colores que empleaban en sus pinturas y en sus tintes, se formaban con madera, con hojas, y con flores de muchas plantas, y con diversas producciones minerales. Para el blanco se servían de la piedra CHIMALTIZATL, que después de calcinada se parece mucho al yeso fino, ó de la tierra mineral, TIZATLALLI, que después de amasada como el barro, y reducida á bolas, es semejantísima á la substancia llamada comunmente en Europa BLANCO DE ESPAÑA. Hacían el negro de otra tierra mineral y fétida, á la que por esta razón daban el nombre de TLALIHIXAC, ó del hollín del OOTL, cierta especie de pino oloroso, recogiendo su humo en vasijas de tierra; el azul turquí, y el celeste, con la flor de MATLALXIHUITL y del XIUHQUILIPITZAHUAC, que es la planta del añil, aunque el modo de prepararla entonces se diferenciaba mucho del

moderno. Ponían las hojas de la planta una á una en vasijas de agua caliente, ó más bien tibia, y después de haberlas meneado con una pala, pasaban el agua teñida á unas orzas ó peroles, donde la dejaban reposar hasta que se precipitaban al fondo las partes sólidas de la tintura, y entonces vaciaban el agua poco á poco. Este sedimento se sacaba al sol, y después se ponía entre dos platos al fuego, para que se endureciese. Tenían los mexicanos otra planta del mismo nombre, de que sacaban el azul, pero de inferior calidad. Para el rojo se servían de la semilla del achicote, que los franceses llaman ROCOU, cocida en agua, y para el morado y el púrpura de la cochinilla. El amarillo se hacía con TECOZAHUITL, ó sea ocre, y con el XOCHIPALLI, planta cuyas hojas se parecen á las de la artemisa. Las hermosas flores de esta misma planta, cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranja. Como se servían del nitro para aquel color, para otros empleaban el alumbre. Después de haber macerado y desleído en agua la tierra aluminosa llamada TLAXOCOTL, la cocían al fuego en vasijas de tierra; sacaban por destilación el alumbre puro, blanco y diáfano, y antes de que se endureciese de un todo, lo hacían pedazos para venderlo más comodamente en el mercado. Para dar más consistencia á los colores, los mezclaban con el jugo glutinoso del TZAHUILLI, ó con el excelente aceite de chian.

CARACTER GENERAL DE LA PINTURA Y MODO DE PINTAR LOS OBJETOS.

Las figuras de montes, ríos, edificios, plantas, animales, y sobre todo las de hombres, que se ven en las pinturas mexicanas antiguas, son, por lo común, desproporcionadas y deformes; lo que, según me parece, debe atribuirse no tanto á su ignorancia de las reglas de proporción, ó á su falta de habilidad, cuanto á la prisa que se daban en pintar, de la que fueron testigos los conquistadores españoles: así que, pensando tan sólo en representar los objetos, no cuidaban de la perfección de la imagen, y muchas veces se contentaban con los contornos. Sin embargo, he visto, entre muchas pinturas antiguas, algunos retratos de reyes de México, en los que, además de la belleza singular del colorido, se notaba una observancia exacta de las proporciones; pero no niego, hablando en general, que distaban mucho aquellos pintores de la perfección del dibujo y de la inteligencia del claro oscuro.

Servíanse no sólo de las simples imágenes de los objetos, como han dicho algunos escritores, sino de jeroglíficos y caracteres. Representaban las cosas materiales con sus propias figuras, aunque para ahorrar tiempo, trabajo, colores y papel, se contentaban con una parte del objeto, que bastaba para darlo á conocer á los inteligentes: pues así como nosotros no podemos entender lo escrito, sin aprender antes á leer, así aquellos americanos debían instruirse antes en el modo de figurar los objetos, para comprender el sentido de las pinturas, con que suplían el len-

guaje escrito. Para los objetos que carecen de forma material, ó cuya imitación sería muy difícil, se valían de ciertos caracteres, no ya verbales, esto es, destinados á formar palabras, como nuestras letras, sino reales, ó significaciones inmediatas de las cosas, como los caracteres algebraicos y astronómicos.

Con respecto á los caracteres numerales, debe observarse, que ponían tantos puntos, cuantas eran las unidades hasta veinte. Este número tiene su carácter ó figura especial. Doblaban este signo hasta veinte veces veinte, esto es, cuatrocientos.

El signo de cuatrocientos se repetía hasta veinte veces, ú ocho mil, y éste se repetía también. Con estos cuatro caracteres, y los puntos, expresaban todas las cantidades, á lo menos, hasta veinte veces ocho mil, ó ciento sesenta mil. Es de creer, aunque no lo sabemos, que tuviesen otro signo para este número.

Para representar una persona determinada, pintaban un hombre ó una cabeza humana y sobre ella una figura que expresaba la significación de su nombre. Para expresar una ciudad ó villa, pintaban otra figura significativa del sentido de su nombre. Para formar sus anales ó historia, pintaban en la orla de la tela ó del papel, las figuras de los años, en otros tantos cuadritos, y junto á cada uno de ellos los sucesos correspondientes á aquel año; y si por ser muchos los años cuya historia referían, no podían caber todos en la misma tela, continuaban en otra. Por lo que respecta al orden de representar los años y los sucesos, el pintor podía empezar por el ángulo que se le antojase; pero con esta regla observada constantemente en cuantas pinturas he visto; esto es, que si empezaba por el ángulo superior, á mano derecha, continuaba hacia la izquierda. Si empezaba, como era más común, por el ángulo superior de la izquierda, seguía perpendicular hacia abajo. Si pintaba el primer año en el ángulo inferior á mano izquierda, continuaba hacia la derecha, y si en el ángulo inferior de la derecha, seguía perpendicularmente hacia arriba; de modo que en la parte superior de la tela no pintaban nunca de izquierda á derecha, ni en la inferior de derecha á izquierda; ni subían por la izquierda, ni bajaban por el lado opuesto. Sabido este método, es fácil conocer á primera vista donde empezaba la serie de los años en una pintura histórica.

No puede negarse que este modo de representar las cosas era imperfecto, embrollado y equívoco: más no por esto deja de ser digno de alabanza el conato de aquellos pueblos en perpetuar la memoria de sus acacimientos, y su industria en suplir, aunque imperfectamente, la falta de letras, á cuyo descubrimiento hubieran llegado quizás, atendidos los progresos de su civilización, si no hubiera sido de tan breve duración su imperio, ó á lo menos habrían abreviado considerablemente y facilitado su escritura con la multiplicación de caracteres.

Sus pinturas no deben considerarse como una historia ordenada y completa, sino como monumentos ó apoyos